

LITERATURA

Cinco horas con Delibes en Molledo

Los vecinos de Molledo rindieron ayer un sentido homenaje al escritor que inmortalizó su pueblo en 'El camino'

11.04.2010 - LETICIA MENA MOLLEDO.

«Las cosas podían haber acaecido de cualquier otra manera y, sin embargo, sucedieron así». Habían pasado varios minutos de las once de la mañana cuando Teresa Montero abrió un ejemplar de 'El camino' y empezó a leer en voz alta el libro en el que Miguel Delibes plasmó el pueblo del que hoy es alcaldesa. Mañana, día 12, se cumple el primer mes desde que el genial escritor perdió el pulso a la «resaca del postoperatorio» de un cáncer de colon, la enfermedad que le quitó las ganas de seguir escribiendo. Su pérdida conmocionó al mundo de las letras, tanto a las mayúsculas como a las minúsculas, y en su refugio cántabro, en Molledo, saber que ya no está todavía ahoga.

Por eso, por querer tenerle presente, por orgullo y por la suerte de haberle visto veranear y pasear por sus rincones, sus vecinos se reunieron ayer en el Centro Cultural Evaristo Silió para repasar las páginas de un libro que les emociona porque, entre otras cosas, retrata sus calles, sus montañas y su río. Fueron cinco horas con Delibes que pasaron volando.

Y allí estaba Álvaro, un niño de dos años que respetó como un adulto el silencio mientras miraba con interés la gran foto de Miguel Delibes que salía de un proyector para presidir todos los actos del día. Fidel, de 87 años, tampoco quiso perderse la lectura de 'El camino' y atento escuchó cómo Guillermo, Pili o Darío, de 16 años y recién levantado, pusieron voz a las letras del genio que durante años veraneó en Molledo. Entre el público estaba también Orosia Menéndez, la actual propietaria de la casa que perteneció a los Delibes hasta 1957. A quienes echaron en falta fue a algún miembro de la familia, pero por razones personales y profesionales todos estaban lejos de Cantabria.

La cinta de Josefina Molina

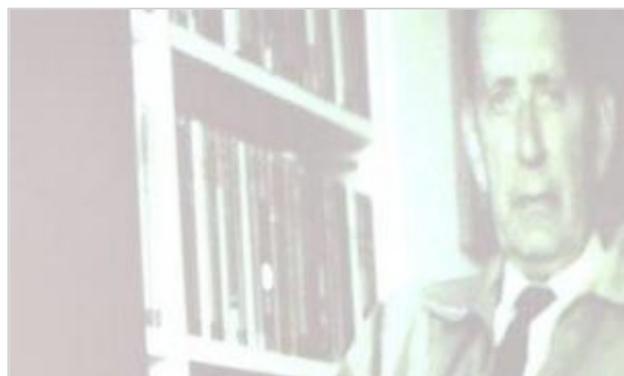
Por la tarde, primero con una sesión de cuentacuentos en la que participó una veintena de niños, y luego con la película que inmortalizó Josefina Molina bajo el mismo título -'El camino'-, el salón de actos se llenó para ver cómo varios de sus vecinos interpretaron a los protagonistas del libro. Y allí se dieron cita tanto Fernando Aguilera como Francisco Sañudo y Pedro Luis Castillo, los hombres que en el año 1977 dieron vida a los tres protagonistas de la historia. A ellos les dieron 50.000 pesetas por actuar, y a los extras, que fueron numerosos vecinos del valle, 500 por día y un bocadillo. Ayer muchos vieron la película por primera vez, y se emocionaban al ver lugares que claramente reconocían como la bolera, la iglesia o el río.

Por la mañana no dio tiempo a llegar a los últimos capítulos, pero todos escucharon atentos cómo fueron pasando las páginas que daban vida a los pensamientos de Daniel, el Mochuelo, un niño de once años que, la noche antes de abandonar el pueblo en el que había crecido, decide hacer un repaso a su incansable vida de travesuras. Su padre quería que progresara y para hacerlo debía ir a la ciudad a iniciar el Bachillerato. A Daniel le «bullían» muchas dudas en la cabeza a este respecto porque creía saber todo lo que podía saber un hombre. Pero donde hay patrón no manda marinero, así que antes de partir hacia la capital empezó a recordar cómo era su pueblo y sus vecinos, y en ese repaso aparecen personas y lugares de la historia de Molledo.

Hombres honorables

Las inocentes vivencias de Daniel junto a Germán, el Tiñoso, y Roque, el Moñigo, arrancaron sonrisas a los presentes. Sus ojos se volvieron brillantes cuando a Carmen Múgica se le quebró la voz al leer un pasaje en el que Delibes escribió que *«las calles, la plaza y los edificios no hacían un pueblo, ni tan siquiera le daban fisonomía. A un pueblo lo hacían sus hombres y su historia. Y Daniel, el Mochuelo, sabía que por aquellas calles cubiertas de pastosas boñigas y por las casas que las flanqueaban pasaron hombres honorables, que hoy eran sombras, pero que dieron al pueblo y al valle un sentido, una armonía, unas costumbres, un ritmo, un modo propio y peculiar de vivir»*. Esto mismo podía reflejar lo que los vecinos de la localidad cántabra piensan de Miguel Delibes.

Y es que en Molledo, el escritor vallisoletano pasó muchos de los mejores momentos de su vida y en infinidad de ocasiones aludió a los más de cien kilómetros que recorría en bicicleta para ir hasta Sédano, en la provincia de Burgos, para ver a Ángeles de Castro, «la única novia de mi vida» y «la otra mitad de mí mismo». Pero ayer su vida personal pasó a un segundo plano, porque durante cinco horas el protagonista fue el camino que tantas veces



Una gran imagen de Delibes presidió la lectura de 'El camino' por los vecinos de Molledo. ::

ANDRÉS FERNÁNDEZ

recorrió y que plasmó a lo largo de la que fuera su tercera novela.

Uno de los pasajes más emotivos fue la descripción del valle, que tenía un «*doble cordón umbilical, que lo vitalizaba al mismo tiempo que lo maleaba: la vía férrea y la carretera. Ambas vías atravesaban el valle de sur a norte, provenían de la parda y reseca llanura de Castilla y buscaban la llanura azul del mar*».

Y de la misma forma que las descripciones encuentran su reflejo en lugares concretos del pueblo, los personajes también. Las Guindillas existieron en Molledo. Realmente se llamaban 'Las Guiñas' y, como las protagonistas de 'El camino', tenían una tienda en el pueblo. Uno de los momentos más graciosos de la lectura de ayer fue, paradójicamente, el pasaje en el que muere la Guindilla mediana. Y es que Delibes siempre ha conseguido arrancar sonrisas de momentos duros con una fina ironía llena de matices.

«*Cuando la gente acudió a dar el pésame a las dos hermanas supervivientes, la Guindilla mayor se santiguaba y repetía:*

-Dios es sabio y justo en sus decisiones; se ha llevado a lo más inútil de la familia. Démosle gracias». Y claro, ante tal contestación, al público congregado en el Centro Cultural Evaristo Silió se le escapó una carcajada.

La muerte siempre ha estado muy presente en la producción de Delibes, aunque sin tremendismos. Entre los pensamientos del Mochuelo coló que «vivir era ir muriendo día a día, poquito a poco, inexorablemente», aunque también lo hacía con cierto humor, como cuando El Moñigo habla de la pérdida de su madre. En el momento de la lectura de este pasaje, también se oyeron risas. Los tres protagonistas de El Camino hablaban de dónde y cómo venían los niños al mundo y Roque, el Moñigo, informó a Daniel, el Mochuelo, y a Germán, el Tiñoso, que las mujeres paren como lo hacen los conejos.

-«Les duele la mar, ¿sabéis?

Estalló el reticente escepticismo del Mochuelo:

-¿Por qué sabes tú esas cosas?

-Eso lo sabe todo cristiano menos vosotros dos, que vivís embobados -dijo el Moñigo-. Mi madre se murió de lo mucho que le dolía cuando nació yo. No se puso enferma ni nada; se murió de dolor. Hay veces que, por lo visto, el dolor no se puede resistir y se muere uno. Aunque no estés enfermo, ni nada; sólo es el dolor».

De alguna manera, Delibes murió en parte el día que lo hizo su mujer en . Y otro poco de él se fue cuando le diagnosticaron un tumor que, pese a la operación, le dejó «hecho papilla», recordaban algunos vecinos.

La mañana de ayer en Molledo transcurrió tranquila bajo un sol espléndido. Pero muchos prefirieron escuchar y leer 'El camino' , así que el Ayuntamiento regaló ejemplares a todo aquel que participó. Estos días hacerse con un tomo es complicado en muchas librerías de Santander. Está agotado en la mayoría de las del centro y en las grandes superficies comerciales quizá llegue alguno esta semana que entra. 'El Camino' hoy por hoy es uno de los libros más leídos y releídos por los amantes de la buena literatura, y cuando fallece alguna de las plumas clásicas suele darse este fenómeno 'post mortem'.

Agotado en las librerías

Durante estos días han sido muchas las personas que se han acercado hasta muchos puntos de venta de la región para solicitar algunas de las obras más conocidas de Delibes como 'Cinco horas con Mario', 'El hereje', 'Señora de rojo sobre fondo gris' o 'El camino', así que viendo lo que se veía venir, la alcaldesa de Molledo, Teresa Montero, compró una veintena de ellos para tener en el Ayuntamiento y regalar a los vecinos. Las páginas de 'El camino' encierran la esencia de un pueblo en el que Delibes pasó muchos veranos de su infancia y de su juventud. Hacía años que no volvía, pero quienes le vieron por allí le recuerdan con un cariño inmenso, tan grande como el que sintió el Mochuelo cuando descubrió cómo vienen los niños al mundo y empezó a sentir hacia su madre «la emoción de la consanguinidad». La misma que los vecinos de Molledo hacia el genial escritor.

LITERATURA

UN LIBRO SOBRE MI TIERRA

11.04.2010 - CARMEN MÚGICA PROFESORA DE LENGUA Y LITERATURA DEL COLEGIO LA SALLE DE LOS CORRALES

Que este libro sobre tu tierra y escrito por un autor de la mía signifique siempre nuestra unión...». Así empieza la dedicatoria del primer ejemplar de 'El Camino' que fue mío y que me lo regaló una amiga de Valladolid, allá por el año 1972, cuando estudiaba mi carrera en aquella ciudad. Lo guardo como oro en paño y cada vez que lo veo, entre los demás libros, me acuerdo de Nines, de aquella unión y de aquella amistad. Leí 'El Camino' por primera vez cuando tenía catorce años. Me lo dejó mi amiga Mari Juli Lloredo, me dijo : «Léelo. Te gustará». Ella sabía bien de qué iba el libro y debió dar por supuesto que yo también lo sabía, pero no era así.

Comencé la lectura y enseguida me sentí atraída por los sentimientos de Daniel, el Mochuelo, empezaron a resultarme 'familiares' algunos nombres propios (Ramón, el boticario; el Pico Rando, el Tiñoso, las Guindillas...). Nombres, todos ellos, pasados por el tamiz del genio del escritor, pero que a mí me sonaban muy cercanos, conocidos.

Seguí leyendo y cuando llegué al capítulo III, leí: «El valle. Aquel valle significaba mucho para Daniel, el Mochuelo. En su trayecto por el valle, la vía, la carretera y el río. se entrecruzaban una y mil veces, creando una inquieta topografía de puentes, túneles, pasos a nivel y viaductos».

En este punto se me puso un nudo en la garganta porque este valle ¡no puede ser otro que mi valle!, pensaba yo mientras no me podía creer aquello que estaba leyendo. Continué con una emoción infinita y dos páginas más adelante encontré: «Era, el suyo, un pueblecito pequeño. La primera casa, a mano izquierda, era la botica. A la puerta de la farmacia existía una campanilla. Siguiendo varga arriba. Trescientos metros más allá, varga abajo, estaba la iglesia.» Parecía que el corazón se me iba a salir del pecho, ¡este pueblo es el mío! ¡Es Molledo! Qué feliz me hizo este 'descubrimiento', que ya muchos sabían, pero que con el pasar de los años a mí me resulta cada vez más entrañable aquella inocencia literaria de mis catorce años.

Seguí leyendo a Miguel Delibes, los libros que me podía comprar y los que me iban regalando, como hizo Nines. Después, mi marido me ha regalado todos los que ha ido publicando don Miguel.

Y sucedió que bajando yo desde San Martín (donde vivo desde que me casé) a Molledo, me crucé en El Puente del Rey con un señor que iba paseando, serio y ensimismado. Su cara me resultaba conocida, pero yo no sabía muy bien de qué me sonaba. Seguí mi camino, dándole vueltas al personaje. Estábamos en Semana Santa y por esta época el pueblo se llena de gente. De repente lo vi claro: ¡Era Miguel Delibes! El corazón me empezó a latir como cuando aquel primer descubrimiento de 'El Camino'. Cuando llegué a la pequeña librería que mi marido tiene en el pueblo le dije: «¿A que no te imaginas con quién me he encontrado?» Y él me contestó: «Ha estado aquí esta mañana comprando el periódico».

Al día siguiente me dedicó 'Señora de rojo sobre fondo gris'.